

Releyendo a Maquiavelo

Enrique González Pedrero

A finales de 1513, Nicolás Maquiavelo escribe a su amigo Francesco Vettori una carta en la que le narra su actividad cotidiana y le comenta que acaba de terminar un “opúsculo” en el que reflexiona sobre el Estado. Se trataba de El Príncipe, una obra fundamental en el nacimiento de la ciencia política moderna sobre la que Enrique González Pedrero ha escrito el siguiente ensayo.

Tanto nomini nullum par elogium
Nicolaus Machiavelli

La vida política de Nicolás Maquiavelo no corrió con tanta fortuna como la sabiduría desplegada en sus libros. Tengo la impresión de que a él le habría gustado más tener éxito en la vida: ejercer el poder; contribuir prácticamente a la formación de *Lo Stato*; aplicar lo que sabía en la realidad de su tiempo: en suma, volver su conocimiento experiencia. Pero lo que no pudo realizar lo trasladó a sus escritos. *El Príncipe* es una suerte de gran fresco renacentista, donde la historia pasada, la presente y atisbos de lo que podía ocurrir juegan un papel central. Creo que no exagero si comparo la obra de Maquiavelo con las creaciones de sus contemporáneos: Botticelli, Miguel Ángel, Benvenuto Cellini, o ese otro personaje genial, Leonardo da Vinci.

Su actividad política se desarrolló en un periodo relativamente breve. Comienza su carrera el año de la muerte en la hoguera de Girolamo Savonarola, lo que nos lleva directamente a la tesis del “profeta desarmado”.

Es necesario, dice Maquiavelo (en el capítulo VI de *El Príncipe*),

examinar si estos innovadores se mantienen por sí mismos, o si dependen de otros; esto es, si para llevar a cabo su obra

necesitan rogar, o verdaderamente pueden forzar. En el primer caso, rigen siempre mal y no conducen a cosa alguna; pero cuando dependen de sí mismos y pueden forzar, entonces raras veces peligran. De aquí nace que todos los profetas armados venzan, y los desarmados se arruinen. Porque además de las cosas dichas, la naturaleza de los pueblos es variable, y es fácil persuadirlos de una cosa, mas es difícil afirmarlos en esa persuasión; y por ello conviene estar preparado de modo que, cuando ellos ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no hubieran podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones si hubiesen estado desarmados; como en nuestros tiempos sucedió a Fray Jerónimo Savonarola.¹

En 1498, es elegido secretario de la segunda cancillería de la República Florentina; en 1500, cumple con la primera legación en Francia; en 1502-1503 realiza sus legaciones ante César Borgia; en octubre-diciembre de 1503, su primera legación en Roma; en 1504, desempeña su segunda legación en Francia; en 1506, su segunda legación en la corte de Roma; en 1509, su tercera lega-

¹ Nicolás Maquiavelo, *De Principatibus*, traducción, notas y estudio introductorio de Elizur Arteaga Nava y Laura Trigueros Gaisman, Trillas, México, 1993, pp. 107-109.

ción en Francia hasta el año de 1512, en que es depuesto de su cargo, cuando volvieron a Florencia los Médici. En el lapso que va de 1513, año de redacción de *El Príncipe* (que dedica a Lorenzo de Médici por razones obvias), a 1526, Maquiavelo se dedicó a escribir buena parte de su obra, hasta que ese mismo año retorna a la actividad, esta vez como canciller, hasta su muerte, en el año de 1527.

En 1531, se editan los *Discursos* y, en 1532, *El Príncipe*, junto con *La vida de Castruccio Castracani de Luca*. Este mismo año se publican también las *Historias florentinas*.

Como lectores de Maquiavelo no podemos dejar de celebrar que haya aprovechado su tiempo, en y sobre todo fuera de la acción política, para volcar su conocimiento en los libros antes mencionados, que escribió en ese lapso. De haber tenido ocupación plena en ese periodo (lo que a él le habría encantado), no existiría buena parte de su obra o existiría como correspondencia a través de sus informes a la cancillería florentina, o en sus cartas privadas. Con este trabajo impresionante, Maquiavelo ejemplificó cómo la carencia de *fortuna* puede compensarse con *virtú*, adaptándose a las *necesidades* de los tiempos renacentistas y, a fin de cuentas, realizar en los libros lo que no pudo llevar a cabo en la práctica: “Porque es oficio del hombre bueno que el bien que por la malignidad de los tiempos y de la fortuna no haya podido realizar, deba enseñarlo a los demás, a fin de que siendo muchos otros capaces, alguno de entre ellos más favorecido del cielo, pueda realizarlo”.²

Pero si la vida política de Maquiavelo, que fue relativamente breve, no corrió con mucha fortuna, en cambio su *gloria* —cuando prevalece la figura— y su *fama* —cuando perdura el nombre—³ no han dejado de crecer desde la escritura de *El Príncipe* en 1513, cuando empezó a circular en copias manuscritas entre los amigos.

Traductores recientes de Maquiavelo hacen una observación muy interesante a propósito de la estructura del libro:

Se trata —dicen— de un largo discurso sobre la técnica del mando. Entre capítulo y capítulo hay enlaces; en esta traducción se han respetado los puentes que Maquiavelo tendió entre ellos, así como los existentes entre párrafos separados por un punto y aparte, e incluso los separados por un simple punto y seguido. Esto discrepa de la moderna forma de escribir, pero más que presentar el material de una manera novedosa, se ha pretendido respetar la idea de unidad que aparece en el original... El

² Nicolás Maquiavelo, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Feltrinelli, Milán, 1960, p. 274.

³ Francisco Javier Conde, *El saber político en Maquiavelo*, Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1976, p. 13.

texto italiano tiene un ritmo, el cual va de bajos a altos, de lento a molto presto.⁴

Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Su padre, abogado, tenía una bien surtida biblioteca. De ahí la lectura que hizo Maquiavelo de los clásicos en su juventud. De Lucrecio adquiere la idea de que la verdad se origina en la experiencia y no en autoridades previas o relaciones divinas. Uno de sus biógrafos comenta que cuando Maquiavelo componía su parodia poética *El asno de oro*, escribió a un amigo de Roma, donde sabía que vivía entonces Ariosto:

Hace poco he estado leyendo el *Orlando furioso* de Ariosto; y a decir verdad todo el poema es realmente magnífico y algunos pasajes son sublimes. Si lo ves, dale saludos de mi parte y dile que mi única queja es que, aunque menciona a muchos poetas, a mí me ignora como si fuera un indeseable. Lo que me ha hecho en su *Orlando*, yo no se lo haré en mi *asno*.

El biógrafo añade:

Esta combinación de gran elogio poético y estilo grosero da una idea del alcance y la complejidad del carácter de Maquiavelo. En sus retratos, el rostro, aun estando serio, parece tener la traza de una sonrisa, a la vez leve y de complicidad taimada y de algún modo cordial. Su aspecto enjuto revela austeridad, aunque se sabe que era el alma de la fiesta entre sus bullangueros amigos de juventud, que lo admiraban y respetaban como a un líder. En un juego de palabras con su nombre era apodado cariñosamente “*Il macchia*”, lo que tenía connotaciones de virilidad machista al tiempo que significaba “borrón” o “mancha”, es decir, que ya en esa época temprana era también una especie de granuja. Todos los datos apuntan a que, en el fondo, la amable personalidad de Maquiavelo escondía cierta perversidad subversiva.⁵

Revisando la correspondencia con Francesco Vettori, es posible reconstruir el infortunio que Maquiavelo vivió a partir del momento (7 de noviembre de 1512) en que la *signoria* florentina privó de su cargo a uno de los hombres (por no decir al hombre) que más sabía de política en la Italia de su época, como lo mostró en sus libros. La fortuna ha hecho que, “al no saber ni sobre el arte de la seda, ni sobre el arte de la lana, ni de ganancias ni de pérdidas, me resulte natural razonar sobre el Estado”.⁶ Pero

⁴ Nicolás Maquiavelo, *De Principatibus*, ed. cit., p. 36.

⁵ Paul Strathern, *El Artista, el Filósofo y el Guerrero*, Planeta, Barcelona, 2010, p. 40.

⁶ Carta de Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori, Florencia, 9 de abril de 1513. En Miguel Ángel Granada, *Maquiavelo. Antología*, Península, Barcelona, 1987, p. 248.

Maquiavelo no sólo perdió el cargo, sino que fue condenado a un año de confinamiento y a pagar una fianza de mil florines de oro, cantidad que pudo solventar gracias a los aportes que hicieron tres de sus amigos. Pero aún faltaba una humillación más: se le prohibió el acceso por un año al Palacio de la Signoria, el lugar donde trabajó durante casi quince años.

Comenzaba así el período *post res perditas*, por utilizar la expresión de que se sirve el propio Maquiavelo [...] se trataba de un período que duraría hasta el final de su vida en 1527, pues a pesar de todos sus esfuerzos no conseguirá recuperar su posición perdida. A diferencia del anterior, el período que ahora se abre es un período de ocio, ocio forzado que hará posible la redacción de las grandes obras de madurez: *El Príncipe*, los *Discorsi*, el *Arte de la guerra*, *La Mandrágora*, la misma *Historia de Florencia*, en las que se recoge la enseñanza de toda la experiencia anterior y de la lectura de la historia.

El período que se abría con la pérdida del empleo era también [...] el de la angustia económica: con una abundante prole a la que mantener [...] reducido a las escasísimas rentas de las posesiones familiares en Sant'Andrea in Percusina.⁷

Pero no terminaron aquí las calamidades, como suele ocurrir cuando una racha de mala fortuna le cae encima a alguien:

⁷ Miguel Ángel Granada, *op. cit.*, p. 239.

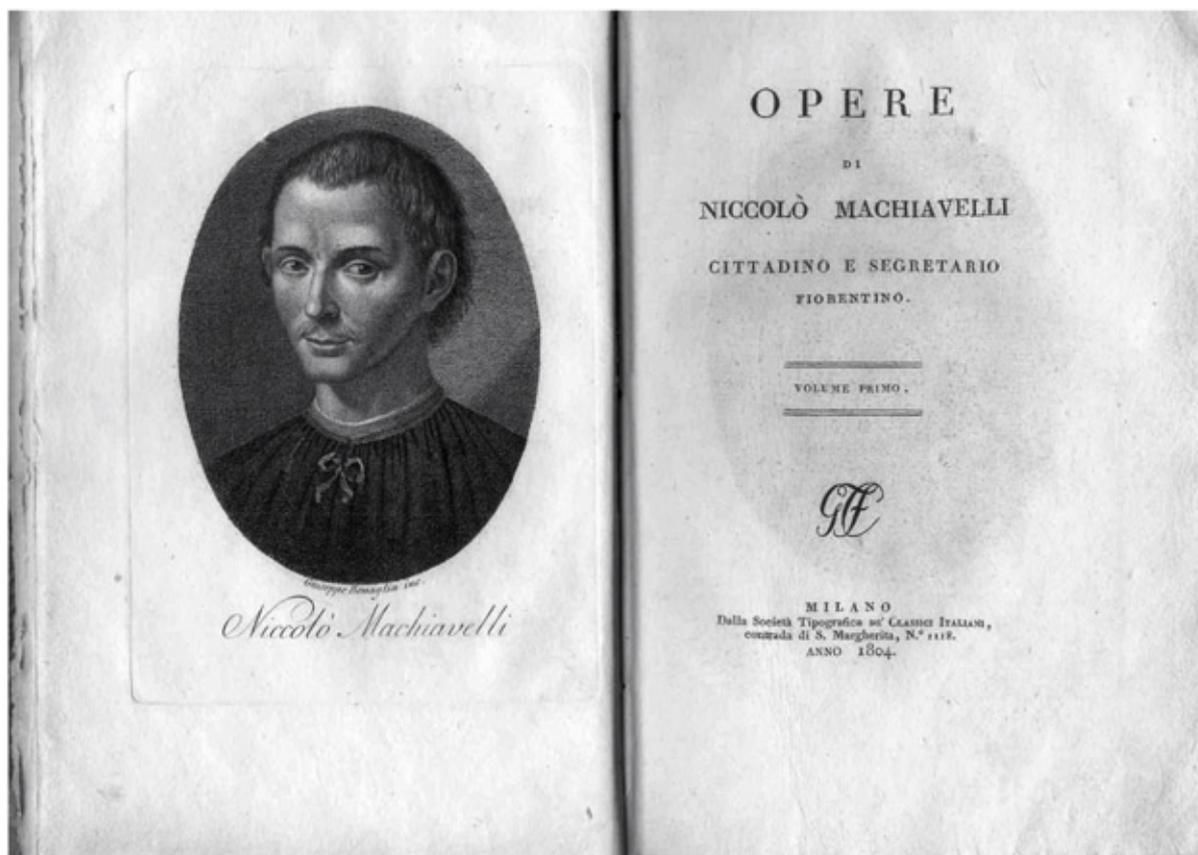
En febrero de 1513 [...] se encontró (¿sin motivos reales por su parte?) implicado en la conjura antimedicca de Pietropaolo Boscoli. Maquiavelo fue ingresado en prisión y sometido a tortura, pero la elección como papa del cardenal Giovanni de Médici (León X) el 11 de marzo hace posible su puesta en libertad [...]. Desde ese momento Maquiavelo no tiene (no puede tener, entre otras razones por imperativos de subsistencia a la vez que por vocación, carácter y capacidad) otro objetivo que la búsqueda de un acceso a los Médici que le permita ponerse de nuevo en pie y retornar a lo suyo, al mundo de la política.⁸

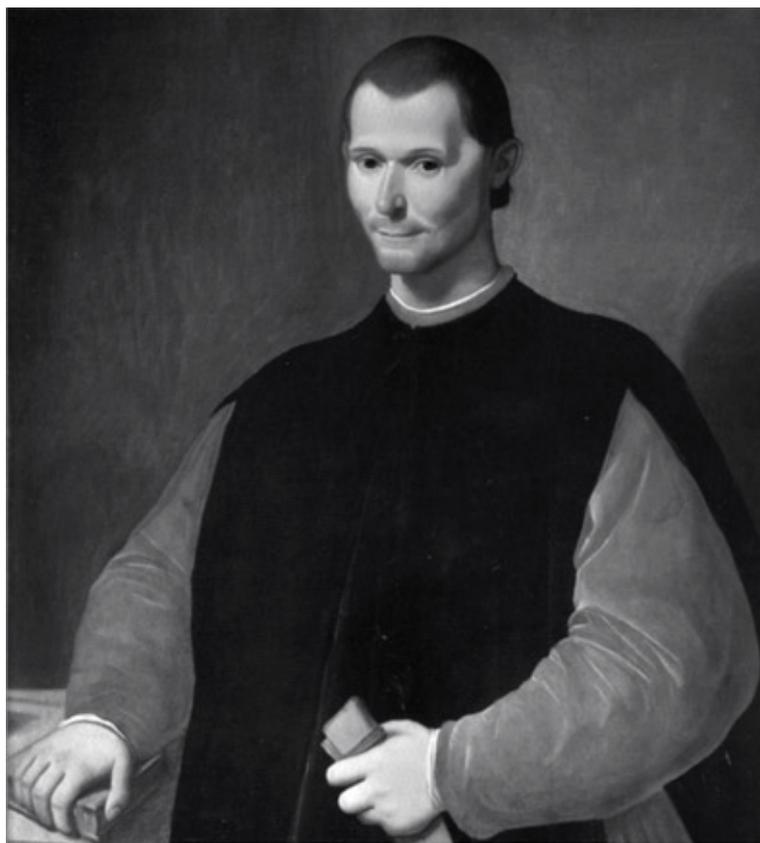
Con esta idea, Maquiavelo escribe el 13 de marzo de 1513 a su antiguo amigo, el embajador de Florencia en Roma, Francesco Vettori, “para que le mantenga en la memoria de nuestra santidad de forma, que si fuera posible, comenzara a utilizarme, o él o los suyos, en cualquier cosa”.⁹ A partir de ese momento, comienza una correspondencia que será de gran utilidad para enterarnos de las actividades de Maquiavelo en este tiempo difícil que fue, sin embargo, propicio para el despliegue de su tarea intelectual.

La correspondencia entre Maquiavelo y su amigo Francesco Vettori, de marzo a diciembre de 1513, aparte de las cuestiones personales, siempre interesantes, trata también de la situación reinante en Europa y en la Italia dividida de entonces y sobre el papel que en ella jue-

⁸ *Ibidem*, p. 240.

⁹ *Ibidem*, p. 244.





Santi di Tito, *Niccolò Machiavelli*

gan el papa, el emperador, el rey de España, el de Francia y el de Inglaterra, así como el de las tropas suizas.

En cuanto a la situación de las cosas del mundo, saca la siguiente conclusión: estamos gobernados por unos príncipes que tienen, o por naturaleza o por accidente, las siguientes cualidades:

Tenemos un papa sabio, y por ello grave y cauto; un emperador inestable y voluble; un rey de Francia desdafiado y temeroso; un rey de España tacaño y avaro; un rey de Inglaterra rico, feroz y ávido de gloria; los suizos salvajes, victoriosos e insolentes; [y] nosotros los italianos pobres, ambiciosos y cobardes.¹⁰

Impresiona observar cómo teniendo que lidiar con tantos problemas personales y familiares, Maquiavelo razonara con la lucidez que lo hace sobre la política europea y, sobre todo, su angustiada preocupación acerca del futuro inmediato de Italia, en su correspondencia con Vettori en este año clave de 1513 en el que, además, trabaja en los *Discursos* y escribe de un tirón su obra más famosa.

De la discusión sobre la problemática político-militar internacional, y sobre las posibilidades de una solución favorable para Italia, Maquiavelo llegaba en su carta del 26 de agosto a unas conclusiones radicalmente pesimistas: la paz que ambos han intentado construir en sus cabezas es

¹⁰ *Ibidem*, p. 283.

difícil, la unión de los italianos invocada por Vettori en sus cartas es imposible y un hipotético ejército italiano incapaz, los suizos constituyen un peligro ante el cual no hay defensa en Italia. La conclusión final de Maquiavelo era la siguiente: “Yo no creo que [los suizos] vayan a construir un imperio como los romanos, pero sí creo que pueden llegar a convertirse en los árbitros de Italia, por su cercanía y por los desórdenes y malas condiciones nuestras. Y porque esto me aterra, quisiera poner remedio y si Francia no es suficiente, yo no veo ya ningún remedio y quiero comenzar ahora a llorar con vos nuestra ruina y nuestra esclavitud, la cual, si no será cosa de hoy ni de mañana, si se producirá, sin embargo, mientras aún vivamos en Italia tendrá esta deuda con el papa Julio y con aquellos que no pongan remedio a la situación, si es que aún se puede remediar”.¹¹

No puedo detenerme en el comentario de toda la riquísima correspondencia Maquiavelo-Vettori, cuya lectura recomiendo a quien esté interesado en la obra de Maquiavelo. Me referiré, no obstante, a las últimas cartas de ese año crucial de 1513. La de Vettori, del 23 de noviembre, en la que el embajador le comenta a Maquiavelo su quehacer cotidiano, y la respuesta de Maquiavelo del 10 de diciembre, que ha sido considerada como una de las más célebres cartas de las letras italianas.¹²

El embajador le cuenta a su amigo:

En esta carta me he propuesto hablaros de la vida que llevo en Roma [...]. En esta época me levanto por la mañana a las 16 horas y voy con traje oficial a Palacio; pero no cada mañana, sino una vez cada dos o tres días. Allí hablo, a veces, veinte palabras con el Papa, diez con el cardenal de Médici [que fue Papa más adelante con el nombre de Clemente III], seis con el magnífico Giuliano; y si no puedo hablar con él hablo con Piero Ardinghelli [secretario del Pontífice], después con algún embajador que se encuentra por aquellas estancias. Oigo alguna cosilla, pero de poca importancia...

Y en este tono continúa la carta, hablando de sus comidas, de sus cabalgatas...

Regreso a casa de noche y he procurado tener suficientes libros de historia, especialmente sobre los romanos, como por ejemplo, Livio con el epítome de Lucio Floro, Salustio, Plutarco, Apiano, Alejandrino, Cornelio, Tácito, Antonio, Lampridio y Espartiano y aquellos otros que escriben sobre los emperadores, Herodiano, Amiano Marcelino y Pro-

¹¹ *Ibidem*, p. 242.

¹² “La più famosa lettera di tutta la letteratura italiana”. Ridolfi R., *Vita di N. Machiavelli*, Sansoni, Florencia, 1978, citado por Miguel Ángel Granada, *op. cit.*, p. 240.

copio. Con ellos me paso tiempo y considero qué emperadores ha soportado esta mísera Roma que antaño hizo temblar el mundo y que no sorprende que haya tolerado dos pontífices de la calidad de los anteriores [...]. Quiero también que me creáis una cosa y lo digo sin ánimo de adular: aunque aquí no me haya esforzado mucho, no obstante, la afluencia de gente es tan grande que resulta inevitable conversar mucho; en realidad [...] no he encontrado a nadie con mejor juicio que vos.¹³

Si he citado estos dos párrafos de la carta de Vettori, es porque el tono de ellos dará pie a Maquiavelo para responderle el 10 de diciembre, en términos semejantes, en qué consiste su vida cotidiana. “No puedo, por tanto —le dice Maquiavelo— queriéndoos devolver el favor adecuadamente, deciros otra cosa en esta carta que la vida que llevo, y si vos estimáis que es posible cambiarla por la vuestra, lo haré de buen grado”. (En tono de broma, Maquiavelo le está diciendo a su amigo el *Magnífico oratori florentino* Francesco Vettori, que sigue extrañando el *vivere* político). Por lo pronto se ha instalado en su modesta casa de campo en Santa Andrea in Percussina, cerca de San Casciano.

Cuál es mi vida ahora, os lo voy a decir: me levanto por la mañana con el sol y me voy a un bosque de mi propiedad que estoy haciendo talar: estoy allí dos horas examinando el trabajo del día anterior y pasando un rato con aquellos leñadores que siempre tienen algún pleito entre manos o entre sí o con los vecinos... Una vez [que] me ido del bosque me acerco a una fuente y desde allí al lugar donde tengo dispuestas las redes para capturar los pájaros. Llevo un libro conmigo, o Dante o Petrarca o alguno de esos poetas menores, como Tibulo, Ovidio y otros semejantes; leo sus pasiones amorosas y sus amores, me acuerdo de los míos y gozo un buen rato con estos pensamientos. Después me traslado hasta la hostería, hablo con los que pasan, les pregunto por noticias de sus lugares de origen, me entero de diversas cosas, tomo nota de los gustos variados y de la diferente fantasía de los hombres. Llego entretanto la hora de comer y con mi familia me alimento con lo que esta pobre villa y este pequeñísimo patrimonio permiten. Después de comer vuelvo a la hostería: allí está el posadero y, por lo general, un carnicero, un molinero, dos panaderos. Con ellos me envilezco todo lo que queda del día jugando a las cartas y a las damas, de donde nacen mil disputas e infinitos insultos con palabras injuriosas [...]. Envuelto así entre estos miserables saco de mi cabeza todo resto de orgullo y me desahogo de la malignidad de esta suerte mía, contento de que me arrastre por esta vía, a ver si se avergüenza de una vez.¹⁴

¹³ *Ibidem*, p. 289.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 290-291.

Hasta aquí la parte deleznable de la vida en la que el *Macchia* se ve obligado a bregar. Pero las trivialidades en las que participa durante el día (y que le serán de utilidad para ampliar, como sin querer, su conocimiento sobre la variedad de la naturaleza humana) desaparecen por la noche cuando el “provinciano a la fuerza” se vuelve Maquiavelo, ese personaje al que ahora recordamos, quinientos años después: aquél que nada sabía de tejidos de lana o de seda, ni de ganancias ni de pérdidas, y al que seguimos leyendo, como si el “opúsculo” que escribió entonces hubiera sido redactado en fechas más cercanas a nuestro tiempo. Quinientos años (se dice pronto) pero son pocos los libros que habiendo sido escritos en el Renacimiento sigan siendo actuales. Otro de esos libros es la *Utopía* de Tomás Moro, de 1516, ¿la cara opuesta al realismo de *El Príncipe*? Fue Tomás Moro (1480-1535) otro intelectual que poseyó mando y que por no plegarse a los caprichos y veleidades del rey de Inglaterra (Enrique VIII), de quien fue canciller, padeció prisión y muerte para convertirse luego en Santo Tomás Moro para la Iglesia católica. Maquiavelo, en cambio, no tuvo el éxito que podía haber tenido en vida (y la Iglesia lo demonizó) pero murió de muerte natural y renació a través de su obra. Por ello seguimos recordándolo y hablando de su libro como si hubiera sido escrito después y no en 1513.

A este propósito, recuerdo ahora una conversación que tuve con don Jesús Reyes Heróles, allá por la década de los setenta del siglo pasado. Me dijo don Jesús entonces: “Yo leo *El Príncipe* cada año, pero cada vez lo hago en un ejemplar nuevo. Pruebe usted y verá que lo que le interesó el año antepasado es distinto de lo que subrayó el año pasado y de lo que resaltó ahora, pues cada año lo atraen a uno capítulos, párrafos, sentencias o frases diferentes del libro”. Eso refleja, desde luego, la vastedad, la amplitud de *El Príncipe*, que pareciera discurrir a lo largo del tiempo e irse adaptando a sus transformaciones —como vamos haciéndolo nosotros mismos— porque el libro es, en buena medida, una percepción de las múltiples facetas de la naturaleza humana, a través de los personajes, antiguos o contemporáneos, que en él se mueven y actúan. Esa suerte de “adaptación” a las circunstancias a través del lector es lo que lo hace tener vigencia, a pesar de que el autor y los personajes, que siguen vivos en el libro y que nosotros revivimos con nuestra lectura, hace cinco siglos que dejaron de existir...

Pero regreso a la célebre carta del 10 de diciembre de 1512:

Llegada la noche, me vuelvo a casa y entro en mi escritorio; en el umbral me quito la ropa de cada día, llena de barro y de lodo, y me pongo paños reales y curiales. Vestido decentemente entro en las antiguas cortes de los an-

tiguos hombres, donde —recibido por ellos amistosamente— me nutro con aquel alimento que *solum* es mío y para el cual nací: no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos con su humanidad me responden; durante cuatro horas no siento pesar alguno, me olvido de toda preocupación, no temo a la pobreza, no me da miedo la muerte: me transfiero enteramente en ellos. Y como Dante dice que no hay ciencia si no se retiene lo que se ha aprendido, yo he tomado nota de aquello de lo que en mi conversación con ellos he hecho capital y he redactado un opúsculo *De principatibus*, donde profundizo en la medida de mis posibilidades en las particularidades de este tema, discutiendo qué es un principado, cuántas son sus clases, cómo se adquieren, cómo se conservan, por qué se pierden. Y si alguna vez os ha agradado alguna fantasía mía, esta no debería disgustaros y a un príncipe, y especialmente a un príncipe nuevo, debería serle grata; por eso lo dirijo a Giuliano el Magnífico. Filippo Casavechia lo ha visto; él os podrá informar con más detalle de la obra en sí y de los razonamientos que hemos tenido al respecto, aunque todavía sigo engordándolo y puliéndolo.

He discutido con Filippo si era conveniente presentar o no este opúsculo mío y, en el caso de que lo fuera, si era conveniente que lo llevara yo personalmente o que lo enviase allí. El no presentarlo me hacía temer que Giuliano ni siquiera lo leyera y que Ardinghelli se ennobleciera a sí mismo a costa de esta última fatiga mía. Me hacía presentarlo la necesidad que me abrumba, porque yo me consumo y no puedo continuar así mucho tiempo sin que la pobreza me haga digno de desprecio, y además el deseo que tendría de que estos señores Médici comenzaran a servirse de mí, aunque debieran comenzar por hacerme dar vueltas a una piedra, porque si después yo no me los ganaba me compadecería de mí mismo. Por eso, si se leyera mi obra, se vería que los quince años que he pasado entregado al arte del Estado no los he ni dormido ni jugado, y todo el mundo debería valorar el servirse de alguien cargado de experiencia a cuenta de otros. De mi lealtad no debería haber duda alguna, porque habiendo observado siempre la palabra no voy ahora a aprender a romperla y quien se ha mantenido fiel y bueno durante cuarenta y tres años, que son los que yo tengo no debe poder cambiar de naturaleza; y de la lealtad y bondad mías testimonia mi pobreza.¹⁵

El Príncipe tiene elementos de ciencia y de arte. Yo lo veo, en ocasiones, más como un gran fresco, una pintura como las de los grandes artistas del Renacimiento: Botticelli, Benvenuto Cellini o Leonardo, porque los rostros que ellos captaron son de hombres o mujeres singulares, pero a la vez son también visiones de la natura-

¹⁵ *Ibidem*, pp. 291-292.

leza humana que tiene muchos rostros: que es una y múltiple a un tiempo... Leonardo da Vinci consideraba a la pintura por encima de todas las artes, porque la veía como un arte “que requiere mucha más ciencia e ingenio, como una ciencia inimitable”.¹⁶

Por tanto, para Maquiavelo, el tema del “opúsculo” del que habla en su carta es (como la pintura) arte y ciencia, que traslada al lenguaje la conducta política de los hombres. Maquiavelo construye su sistema alrededor de tres conceptos clave. Dos de ellos racionales: la *virtú* (que no es necesariamente la virtud, excepto cuando ésta significa *virilidad*, fuerza, vigor, valor, firmeza de carácter y capacidad decisoria) y la *necesidad*, constituida por las circunstancias histórico-sociales anteriores y presentes; y añade uno más, de la mayor importancia —por no decir el más importante— la *fortuna*: el azar, la suerte, en cierta medida el destino, lo que no puede anticiparse ni calcularse y que, sin embargo, para Maquiavelo es el más significativo. De modo que la *virtú* es el único elemento que depende de quien gobierna, porque la *fortuna* es, como hemos visto, lo azaroso, y la *necesidad* el resultado, en buena medida, de las acciones de los hombres de antes y los de ahora. Esto me conduce a lo que, como escribió Einstein cuatro siglos después: “El pensamiento racional no es suficiente para resolver asuntos de nuestra vida social, como comprobaba una dolorosa experiencia”.¹⁷

La fortuna demuestra su fuerza donde no hay preparada *virtú* para resistirla [...] aquel príncipe que se apoya totalmente en la fortuna, se arruina en cuanto esta cambia; creo también que es feliz aquel que concilia su modo de proceder con las condiciones de los tiempos, y que, similarmente, es infeliz aquél que en su proceder está en desacuerdo con los tiempos.¹⁸

Y en los *Discursos* dice: “El que menos se equivoca y goza de más próspera fortuna es quien acomoda sus acciones al tiempo en que vive y procede aprovechando las circunstancias”.

Hay que imaginar lo que fue el tránsito de aquellos hombres que comienzan a vivir una nueva etapa histórica, tan distinta a la medieval. Aquellos hombres que tienen siempre presente los ejemplos de la Grecia clásica y de la Roma Imperial. Tiempos nuevos con hombres nuevos, que comienzan a revisar con una conciencia crítica su pasado inmediato. Tiempos nuevos que se preguntan por el papel que deben jugar esos inquietos participantes del Renacimiento, que abandonan el ritmo lento anterior por la dinámica que va a caracterizar

¹⁶ Raymond Bayer, *Historia de la estética*, FCE, México, 1965, p. 110.

¹⁷ Albert Einstein, *Así lo veo yo*, Errepar, Argentina, 1998, p. 162.

¹⁸ N. Maquiavelo, *De Principatibus*, ed. cit., p. 329.

aquel momento histórico, tan interesado en la observación de la naturaleza y de la naturaleza humana.

El Renacimiento es, también, un redescubrimiento del mundo y del hombre. Surgen entonces individualidades de excepción que buscan por doquier, interesados en observar con ojos nuevos a la naturaleza, al mundo del conocimiento, a la pintura, a la arquitectura, a la escultura: a la vida humana, en suma, pero todo ello visto a través de la transformación, del discurrir del tiempo: todo es dinámica: todo es movimiento. Leonardo trata de captar el interior del hombre a través de sus rasgos externos, pero no sólo es un artista excepcional sino que incursiona en lo divino cuanto en el vasto campo de lo humano. Pero, paradójicamente a la vez, cobran una gran importancia

Los estudios herméticos, toda una filosofía del conocimiento que propugna un término medio entre el empirismo más concreto y el trascendentalismo más etéreo. Hablamos de un conjunto de tratados que bajo la denominación de *Corpus Hermeticum* alcanzan suelo florentino en torno a 1460. Los trae, desde Macedonia, un monje pagado por Cosme de Médici.¹⁹

Estos estudios herméticos tendrán también repercusión no sólo en aquellos tiempos sino en el futuro, como podemos ver enseguida:

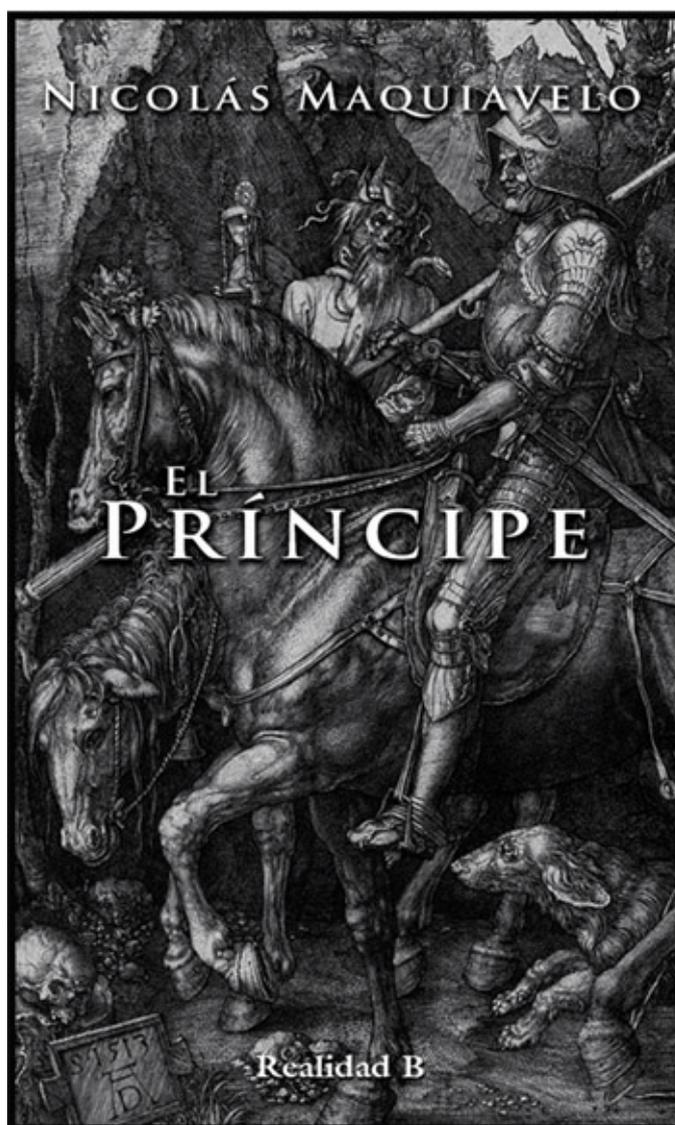
El término “Renacimiento” fue empleado por vez primera en la obra de Vasari: *Vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue hasta nuestro tiempo*, publicada en Florencia en 1550, [donde] se admite ya que el humanismo que constituye su núcleo surgió, también, en aquella ciudad cuando Marsilio Ficino creó la Academia Platónica y tradujo al latín los *Diálogos* de Platón y los trabajos de algunos neoplatónicos.

[Pero] Al lado del aspecto experimental, científico por así decir, del Renacimiento y de su búsqueda de la razón griega para iluminar el sendero inédito, hay un costado “oscuro”, tradicional, mágico, que ha querido ocultarse y es el hecho de que Marsilio Ficino haya abandonado temporalmente, por órdenes de Cosme de Médici, la traducción de Platón y de Plotino para dedicarse a traducir el *Corpus Hermeticum* de Hermes Trismegisto o Hermes el Egipcio, terminada hacia 1463, un año antes de que Cosme muriese.

¿Cuál es la importancia de la traducción del *Corpus* de Hermes Trismegisto? Para Jean Servier, tanto Cosme como Marsilio Ficino, “buscaban en los textos antiguos la revelación primordial y, para ellos, el *Corpus* era sin duda, la “tradición” de la palabra de Hermes...” (Cfr. *Histoire de l'utopie*, París, 1967, p. 92).

¹⁹ Rafael de Águila y Sandra Chaparro, *La república de Maquiavelo*, Tecnos, Madrid, 2005, p. 171.

Octavio Paz, por su parte, ha seguido las huellas de esa corriente del hermetismo renacentista “que va de Ficino y Pico de la Mirandola a Cornelio Agrippa, Giordano Bruno y Tomaso Campanella, se extiende por toda Europa, inspira a la Academia Francesa, al mágico isabelino John Dee y al movimiento de los Rosacruces en Alemania. A través de las sectas ocultistas y libertinas de los siglos XVII y XVIII, esta corriente entronca, por una parte, con el movimiento socialista, especialmente con Fourier y, por la otra, con el pensamiento político moderno, de los románticos a la poesía contemporánea. La religión y los astros de Bruno y Campanella son el origen del socialismo y de la teoría de la corriente universal, sostenida por los primeros románticos alemanes e ingleses, Nerval y Baudelaire, los simbolistas, Yeats y los surrealistas. La sociedad de los astros es el doble arquetipo de la sociedad política y de la sociedad del lenguaje. En la primera, libertad y necesidad se resuelven en un acorde armónico que se llama justicia; en la segunda, ese mismo acorde es la analogía poética, el sistema de correspondencias universales...” (Cfr. Octavio Paz, “Novedad de la Nueva España”, *La Letra y La Imagen*, *El Universal*, México, 23 de marzo de 1980).





Así, no sólo la razón y la ciencia modernas tienen su origen en el Renacimiento sino la utopía y la poesía de hoy arrancan de él. Del Renacimiento vienen, pues, realismo y vuelo imaginativo, experimento e intuición, técnica y sueño del hombre: Maquiavelo y Moro y, por añadidura, socialismo utópico y socialismo “científico”.²⁰

El Renacimiento cubre desde fines del siglo XIV hasta terminar el XVI. De acuerdo con Nicola Abbagnano, el término Renacimiento significa:

un segundo nacimiento, el nacimiento del hombre nuevo o espiritual de que hablan el *Evangelio* de San Juan y las *Epístolas* de San Pablo: a partir del siglo XV, la palabra se aplica en cambio para indicar una renovación moral, intelectual y política obtenida a través de la vuelta hacia los valores de la cultura en la que se considera que el hombre encontró su mejor realización, esto es, la cultura greco-romana.²¹

²⁰ Cfr. Enrique González Pedrero, *La cuerda floja*, FCE, México, 1982, pp. 24-25.

²¹ Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, FCE, México, 1998, p. 1014.

Por tanto, hay una concepción religiosa que viene del Medievo, la humanista que surge a partir del siglo XV, igual que la hermética como ya hemos visto.

De acuerdo con Abbagnano, las características del Renacimiento son: el humanismo, la renovación religiosa, las concepciones políticas y el naturalismo. Y como ahora estamos interesados en las concepciones políticas de Nicolás Maquiavelo, veamos en qué consiste el nuevo principado.

Uno de los puntos de referencia centrales en la lectura de *El Príncipe* es justamente la *signoria*, que ni es una creación reciente, ni algo que venga del pasado inmediato. Se trata de una síntesis que los renacentistas operan y dirigen de acuerdo con su sensibilidad, su visión, así como con su sentido del tiempo. “La *signoria*—dice Giuliano Procacci en su introducción a *Il Príncipe*—, y esto es un punto que debe ser tenido particularmente presente, nace, pero se desarrolla más bien, como un aglomerado de organismos preexistentes más que como una formación política y social nueva”.²²

Lo que cambia es el sentido dinámico de la vida que tiene el renacentista y las transformaciones que comienzan a producirse en el terreno económico. Hay que recordar que entonces se descubre América y, en consecuencia, se ensanchan el mundo y su explotación, con lo que comienzan a llegar a Europa los metales preciosos en abundancia, impulsando el comercio y el paulatino desarrollo del capitalismo.

Se produce un alza prolongada de los precios; comienzan a constituirse paulatinamente grandes fortunas nobiliarias; se modifica la repartición de las riquezas, lo que trae consigo una amplia movilidad social. Empero este desarrollo del capitalismo comercial—que comenzó en Italia antes del siglo XVI— deja subsistir muchos rasgos de una economía rural tradicional y de una sociedad aristocrática integrados en el régimen señorial: uno de los aspectos que, justamente, provoca el entusiasmo intelectual de Nicolás Maquiavelo.²³

El florentino comienza haciéndose una pregunta que es el origen de su reflexión política: ¿cuál es la utilidad del gobierno? ¿Para qué sirve? Lo que lo conduce directamente a explorar una característica de la naturaleza humana. Sucede que los hombres siempre están descontentos porque nada los satisface, nada los colma. Su naturaleza los lleva a quererlo todo, pero la diosa fortuna sólo les otorga una parte de sus deseos. Por tanto, la insatisfacción los irrita y los impulsa a criticar el momento presente, a pensar que el pasado fue mejor, y a

²² N. Machiaveli, *Il Príncipe e Discorsi*, Feltrinelli, Milano, 1960, p. XIX.

²³ González Pedrero, *op. cit.*, p. 28.

creer que en el futuro las cosas pueden cambiar para mejorar. Este es el dato originario que le sirve a Maquiavelo para sustentar la existencia del gobierno y lo que hace necesario a *lo Stato*.

El Estado existe para darle satisfacción a los súbditos (hasta donde sea posible) pero, también, para contener los interminables deseos de los hombres: “Porque un gobierno no es otra cosa que mantener a los súbditos de modo que ni deban ni puedan perjudicarte, y esto se consigue o con grandes medidas de seguridad, cortándoles toda posibilidad de ofenderte, o con beneficios, de modo que no sea razonable que puedan desear ‘di mutare fortuna’”.²⁴

Este es para Maquiavelo el *modus operandi* de la política y su justificación. Esta manera de actuar no es ya como en la Antigüedad, ni como en el Imperio Romano, o como en la Edad Media, aunque el gobernante emplee la filosofía, el derecho o las creencias religiosas como apoyos en el gobierno, sin olvidar que hay que tener siempre presente las enseñanzas de la Historia. Saber emplear los recursos que utilizaron los antiguos, o crear medios nuevos, según la semejanza o diferencia de los hechos que ocurren, pues la Historia es, también, política pasada. Política e Historia se intercomunican porque están hechas de acontecimientos recientes y anteriores. Si se sabe cómo han enfrentado los dirigentes antiguos los problemas en su tiempo, es posible anticipar lo que puede ocurrir, empleando los recursos que se manejaron antes, o creando nuevos, según la semejanza o la diferencia de los hechos.

Sabemos que el movimiento es una de las características del hombre, del Renacimiento y de todos los tiempos. El hombre es inestable por naturaleza. Quiere vivir en un cambio constante. La vida es movimiento. Entre la armonía (dinámica) del universo y la movilidad permanente del hombre ocurren y transcurren los hechos que conforman la Historia, que está hecha de cosas antiguas y recientes. Por tanto, reconocer lo anterior será una suerte de llave maestra para penetrar en lo sustancial de la política.

Y este es el momento de entrar de lleno a la consideración “Del poder de la fortuna sobre las cosas humanas y de qué manera se le debe resistir”:

Muchos han tenido y tienen la opinión de que las cosas del mundo están de tal manera gobernadas por la fortuna y por Dios, que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas, y que incluso no tienen remedio alguno... Sin embargo, como nuestro libre albedrío no está extinguido, juzgo que puede ser verdad que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que tam-

bién nos deja gobernar la otra mitad, o casi, a nosotros. Y asemejo esta a uno de esos ríos arrolladores que cuando se embravecen, anegan las llanuras, derriban los árboles y los edificios, quitan de esta parte tierra, la ponen en aquella otra; todos huyen ante ellos, todos ceden a su ímpetu, sin poder, en ninguna parte obstruirlos [...]. Lo mismo sucede con la fortuna: esta demuestra su fuerza donde no hay preparada virtud (*virtú*) para contenerla.²⁵

Por tanto, el gobierno consiste en tratar de mantener un equilibrio —hasta donde esto es posible— entre *fortuna* y *virtú*. Entre lo que no depende de nosotros, lo azaroso, lo inesperado, y lo que sí está en nuestras posibilidades: la inteligencia, la previsión, la prudencia. Y eso que sí nos atañe es, justamente, el Estado regido por el que hará posible que concuerden los dictados de la fortuna con los de la razón, aprovechando las buenas rachas y paliando lo más que se pueda las malas, pero permaneciendo siempre en guardia. Es así como principado y príncipe, son (casi) una unidad: el príncipe no se explica sin la organización estatal y esta sin el que está pendiente para encauzar los movimientos, el cambio, al orden estatal.

El príncipe busca captar de lo móvil, de lo dinámico de las acciones humanas, lo que merece la pena que permanezca para dar estabilidad, que ayude a transitar en aquellos tiempos difíciles del mejor modo posible. Aquí hay, también, otra búsqueda de equilibrio entre el orden estatal y la dinámica humana, siempre con la finalidad de hacer posible a los súbditos una vida mejor.

Para toda esta reflexión hay un ejemplo que Maquiavelo tiene siempre presente: César Borgia. Y, aunque en el capítulo VII de *El Príncipe* menciona también a Francesco Sforza, quien “de particular se convirtió en duque de Milán y aquello que con mil afanes había adquirido, con poca fatiga lo mantuvo”, opta por César Borgia quien “adquirió el Estado con la fortuna de su padre, y con ella lo perdió, no obstante haber empleado todas las obras y haber hecho todas aquellas cosas que un hombre prudente y virtuoso debía hacer para echar raíces [...] porque no sabría yo qué mejores preceptos dar a un príncipe nuevo, que el ejemplo de sus acciones”.²⁶

César Borgia, después de no pocas peripecias, logró colocar sobre bases firmes la construcción de su futuro poder “y si sus disposiciones no le beneficiaron, no fue por culpa suya, sino debido a una extraordinaria y extrema malignidad de fortuna”. A la muerte de su padre, César debía cuidar que su sucesor “no le fuese amigo y tratase de arrebatarse aquello que Alejandro le había dado”.

²⁴ N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, ed. cit., p. 346.

²⁵ N. Maquiavelo, *De Principatibus*, ed. cit., cap. XXV, pp. 327-328.

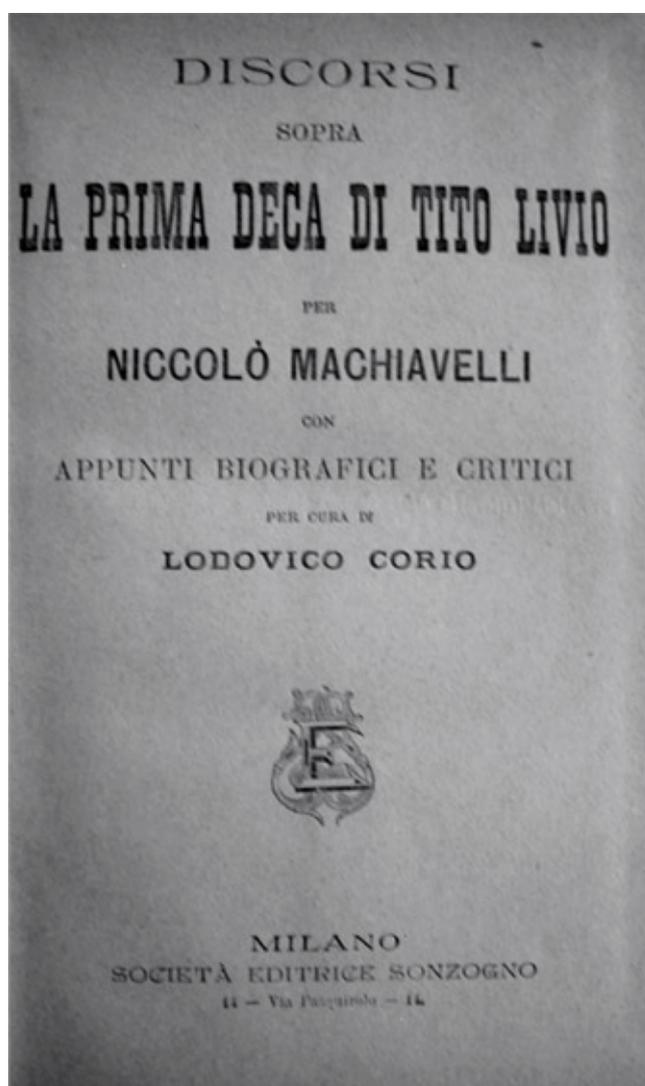
²⁶ *Ibidem*, p. 117.

Por lo que pensó asegurarse de cuatro modos: primero, exterminar toda la sangre de aquellos señores a quienes había despojado, para quitar al Papa esa oportunidad; segundo, ganarse a todos los gentiles-hombres de Roma [...] para poder con ellos refrenar al Papa; tercero, hacer al Colegio [cardenalicio] tan suyo como pudiera; cuarto, adquirir tanto imperio, antes de que el Papa muriese que pudiese por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, a la muerte de Alejandro, había conseguido tres; la cuarta estaba casi conseguida...²⁷

Para Maquiavelo había en César Borgia tanta *virtú* y tenía tan buena percepción para captar a los hombres a los primeros golpes de vista y, además, eran tan sólidas las bases de su construcción política, que si hubiese tenido larga vida habría salido adelante de cualquier apuro y superado no importa qué obstáculos.

Hay, pues, en el “opúsculo” dos elementos a tomar en consideración: el objetivo y el subjetivo, el organismo político y su conductor: el principado y el príncipe. En la célebre carta de diciembre, antes citada, Maquiavelo sintetizaba para su amigo el embajador Vettori el conte-

²⁷ *Ibidem*, pp. 127-128.



nido de su libro, diciéndole que en él se interrogaba acerca de lo que es un principado, cuántas clases hay, cómo se adquieren, cómo se conservan, por qué se pierden; y en los primeros renglones del libro, Maquiavelo entra en materia, señalando que los principados son hereditarios o nuevos; que los nuevos lo son totalmente o son agregados al Estado hereditario del príncipe; que se adquieren con armas propias o ajenas, o bien, por la fortuna o la *virtú*. Así, los súbditos estarán habituados a vivir bajo el gobierno del príncipe, o a ser libres. Por tanto, el principado, cualquiera que sea su característica, está estrechamente vinculado con quien vigila y está pendiente de su buena marcha. Sin embargo, no está por demás recordar que el título original de la obra era *De principatibus* (De los principados): “El título de *El Príncipe* le fue asignado a la obra con posterioridad a la muerte del autor en 1532, por su primer editor, Antonio Blado, en Roma”.²⁸

Mucho se sabe sobre la (corta) vida de César Borgia, pero muy poco sobre sus últimos días. Transcribiré, pues, en las líneas finales de este ensayo, el término de su existencia, antes de cumplir los 32 años, según se relató en el suplemento cultural de *El País* en enero de 2007:

Cuenta la Historia, siempre teñida de leyenda, que el rey, Juan de Albret, vencedor del líder beamontés, conde de Lerín, enterró a su cuñado César Borgia en un sepulcro gótico esculpido en alabastro en el presbiterio de la hermosa iglesia de Santa María de Viana. (Una localidad situada en el Camino de Santiago, a nueve kilómetros de Logroño. César Borgia encontró la muerte en la Barranca Salada en un enfrentamiento contra tres caballeros enemigos). Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, pasó por allí en 1523 y tomó nota del epitafio:

“Aquí yace en poca tierra el que toda la temía, / el que la paz y la guerra / en su mano la tenía. / Oh, tú, que vas a buscar / cosas dignas de loar, / si tú loas lo más digno, / aquí pare tu camino / no cures de más andar”.

Pero el sepulcro fue destruido y los restos enterrados en una tumba antropomorfa en el exterior de la iglesia... “No sabemos por qué ni cuándo se destruyó el sepulcro y se sacaron los restos. Lo único cierto es que estaba en pie en 1523 y que en 1608 ya no, porque lo cuenta el escritor de Viana Juan de Amiax”. Los restos pasan a una segunda tumba en el exterior. En 1885, Borgia es enterrado bajo la Rúa Mayor de Viana sin señal alguna. En 1945 los restos son exhumados, y tras un examen forense, enterrados en su actual tumba en 1953. La placa dice: *César Borgia Generalísimo de los ejércitos de Navarra y pontifícios, muerto en campos de Viana el XI de marzo MDVII*.²⁹ **U**

²⁸ *Ibidem*, p. 29.

²⁹ Lola Galán, “César Borgia no descansa en paz”, *El País*, 28 de enero de 2007, p. 8.